

Democracia y revolución en la formación de la U. R. S. S.

La difícil situación económica de la Rusia zarista produjo en 1861 el primer amago de reforma en el arcaico régimen de sus campos. Fué la llamada "liberación" de los siervos, que por un sistema de colonización pasaron a ser poseedores o arrendatarios de una parte de las tierras que trabajaban, pagadas a los señores, a más de su valor, con el producto de las sucesivas cosechas. La mayoría de los nuevos propietarios, deudores de su tierra y sujetos además a ciertas cargas señoriales no abolidas, acabaron por caer en una situación poco envidiable. Pero la necesidad de forzar su trabajo, si no les libró de la miseria, produjo un gran aumento en la producción cerealista, con notorio beneficio para los capitales que la monopolizaban.

Esta liberación de las *almas*, que hasta entonces eran objeto de comercio, junto con la tierra, llevada a cabo bajo Alejandro II, coexistió con un severo régimen de policía y un autoritarismo burocrático, montados en beneficio de la aristocracia, del capitalismo y de las castas militares, usufructuarios de un poder del que siguió alejada la burguesía. Las leves reformas cumplidas hasta 1865, en los dominios de la judicatura y de la administración local; así como la abolición de los castigos corporales, conviven con la opresión de los intelectuales, cuyo inconformismo halla pronto el camino de Siberia, en destierros hasta de veinte años, como el de Tchernichevski. Las clases privilegiadas, que ven crecer su fuerza con la industrialización y el aumento de la producción agrícola, se desprecupan del pueblo y de los intelectuales, sumidos en el abandono y reducidos al silencio. Es entonces cuando los movimientos surgidos de estos medios cobran vigor y atraen incluso a los hijos de las clases opresoras. En efecto, los *narodniki* o populistas, primer movimiento importante en el despertar ruso, son círculos de rebeldes que pronto cuentan

en sus filas con muchachos y muchachas aristócratas y burgueses, que renuncian a todo para proclamar los derechos humanos y sufrir por ellos la cárcel y la deportación. Influidos por el socialismo occidental, consagrado desde 1848, piensan restaurar el antiguo comunismo agrario ruso, representado por el "mir" o comunidad rural autónoma. Su arma es, en principio, la propaganda entre los campesinos; pero los años pasan y lo inmovible del aparato opresor les hace derivar en gran parte hacia organizaciones terroristas del tipo de la llamada "Voluntad del pueblo", cuyas aspiraciones "extremistas" incluían la instauración de la República constitucional, surgida de una asamblea constituyente. "Muchos se habrían dado por satisfechos con una monarquía constitucional", dice Víctor Serge. La gradual transformación de estos visionarios de la "marcha hacia el pueblo" en terroristas activos, nace de su importancia para lograr el menor cambio en la rígida estructura zarista. "La nación habrá degenerado antes de que los liberales reaccionen y pongan manos a la tarea", escribía Jeliabov, uno de los cinco que el primero de marzo de 1861 mataron en San Petersburgo a Alejandro II.

Alejandro III no hizo sino aumentar la dureza represiva, con la censura y supresión de periódicos y la estrecha vigilancia policiaca sobre los estudiantes, obligados a vestir de uniforme. Las "reformas" prosiguen bajo el mismo signo. Aparte de un incremento en los derechos de la nobleza, se crean dos Bancos de Crédito Local: el de los Nobles, que ayuda a los mayores latifundistas, y el de los Campesinos, que otorga sus préstamos a los propietarios rurales con garantías suficientes, es decir, a los más acomodados.

Coincide esta época con el auge del proletariado, que en pocos años ve doblar su número, engrosadas sus filas por los campesinos, abrumados de deudas y faltos de tierra, dispersas ya las cinco hectáreas por varón que sus antepasados recibieran al "liberarse". Las protestas de los obreros, víctimas de salarios insuficientes y acortados por las "multas" patronales, hacinados en sótanos con sus familiares o durmiendo en el mismo suelo de la fábrica, para descansar de una jornada de catorce horas, acaban en la cárcel, el proceso o la deportación. Es así cómo aprenden pronto el camino de la huelga organizada, que al lesionar los intereses del gran capitalismo le lleva a contemporizar. La primera triunfante se registra en el año 1855, en la hilanderías de Morozov. Intervienen las tropas y seiscientos obreros dan con sus huesos en la cárcel. Pero, al año siguiente, una ley viene a consagrar sus peticiones. Por el mismo medio lograrán los tejedores de Petersburgo, en 1899, la jornada de once horas y media.

Entretanto, frente a los *populistas*, que conciben la revolución como "un paso de la autocracia al régimen democrático, fundado sobre los derechos del pueblo", ha surgido ya el socialismo marxista de Lenin y del estudiante Plekhanov, quien en 1876, en el curso de una manifestación, ha desplegado en Pe-

tersburgo la primera bandera roja que se vió en Rusia. Aparece así la doble vía que iba a ofrecerse al pueblo ruso para la inevitable sucesión del régimen zarista. La obstinación de éste, de sus ciegos defensores, marmóreos en la injusticia, marcará el rumbo de los acontecimientos; aunque tampoco puede olvidarse la pasividad de quienes, herederos naturales de la corriente liberal que en Occidente venía derribando los antiguos regímenes, hacían buena con su conducta la afirmación del primer manifiesto de la socialdemocracia rusa (Minks, 1894): "Conforme avanzamos hacia el oriente de Europa, nos encontramos con una burguesía más floja, cobarde y vil, y la tarea cultural y política que incumbe al proletariado es más vasta...", donde claramente se señala la acción violenta y dictatorial de las masas como sola alternativa ante unas fuerzas liberales incapaces de afrontar su tarea.

De esta época datan las primeras acusaciones de "desviacionismo" lanzadas por el naciente socialismo marxista contra quienes intentan establecer las bases de un sindicalismo apolítico, dirigido a la mejora económica y creyente en una posible reforma de los yerros capitalistas, lo que excluye la fatalidad de la subversión violenta. Pero esta dirección "economista", mantenida por Prokopovitch y otros miembros de la izquierda liberal, ahora actuantes en la socialdemocracia, encuentra la misma oposición de un régimen que se obstina en dar la razón a la intransigencia leninista. Así marcha el país hacia el estallido de 1905, "ensayo general" de la gran catástrofe del 17. Durante esos años, bloqueada la imprescindible reforma agraria, 700 grandes señores detentan 40.000.000 de hectáreas, y otros 26.000, la mayoría nobles, se reparten 80.000.000; mientras 10.000.000 de campesinos, con sus familias, luchan por sobrevivir en una superficie poco mayor, acosados por las gabelas señoriales que aún perduran y por el precio creciente de los arrendamientos. En los cuarenta años siguientes a la "liberación" de los siervos, la superficie de tierra por cabeza se reduce a la mitad, y las hambres periódicas, a veces continuadas, como en la etapa 1895-98, se abaten sobre los trabajadores del campo, sin que por ello deje de aumentar la exportación de cereales, gran fuente de ingresos del señorío ruso. A la vez, la industria prospera sin cesar, pues los capitales extranjeros buscan fácil ganancia en el país que mantiene las mayores jornadas y paga los salarios más bajos de la Europa industrial, y en el que la mano de obra, si ignorante y poco especializada, presenta en cambio una gran facilidad de manejo, al no existir sindicación y estar proscritas la libertades de reunión, de palabra y de huelga.

El año 1902 señala una etapa importante en este caminar de la sociedad rusa hacia lo irremediable. La inexistencia de verdaderos sindicatos conduce a las autoridades zaristas a la idea, en principio muy hábil, de fomentar asociaciones obreras patrocinadas por los propios grandes industriales, por la Iglesia e incluso por la policía, que parece haber sido quien realmente se encargó de organizarlas. Pero el designio de repre-

sar y desviar la protesta obrera por medio de estas agrupaciones "domesticadas" se vió pronto frustrado, pues los hombres puestos a su frente se hallaron desbordados por las justas peticiones de la masa que les seguía y obligados a darles curso. Así se llega al conflicto de las fábricas Putilov, en el que los obreros protestan contra el despido de compañeros pertenecientes a la asociación oficial. Presidía ésta el eclesiástico ortodoxo Gapon, a quien los propios historiadores comunistas consideran hombre recto, tan convencido de la justicia de las aspiraciones obreras como de la buena fe de las autoridades zaristas. El es quien organiza la manifestación que ha de entregar a Nicolás II el escrito en el que millares de obreros petersburgueses expresan sus reivindicaciones. Resulta curioso conocer sus principales puntos: Derechos obreros, jornada de ocho horas; Constitución, con libertades democráticas; responsabilidad de los ministros ante la nación y separación de la Iglesia y el Estado. El propio Gapon había dado forma a estas peticiones. Los obreros avanzaron cantando himnos religiosos, y debieron sorprenderse bastante cuando la infantería y los cosacos cayeron sobre ellos. Los cientos de muertos y heridos de ese 9 de enero de 1905 marcaron el principio de una lucha que duró todo el año y produjo, a través de huelgas, levantamientos y sublevaciones militares, más de 30.000 víctimas, con 80.000 encarcelados. A lo largo de este año el Gobierno hubo de acceder a sus primeras concesiones democráticas: libertad de conciencia, salvo los privilegios debidos a la Iglesia ortodoxa oficial; y creación de una Asamblea, con carácter meramente consultivo y elegida mediante un nuevo sistema de sufragio por parroquias, del que estaban excluidos los obreros e intelectuales pobres; mientras, en el campo el voto de un gran propietario equivalía al de diez minifundistas. Por estas fechas el partido bolchevique contaba en toda Rusia con unos 12.000 adheridos.

El pueblo ruso perdió en las luchas de 1905 el temor a sus gobernantes. Supo, por vez primera, que la autocracia zarista era realmente vulnerable. Como a la vez ésta siguió obstinada en sus errores, el camino de la insurrección quedaba marcado. Sólo un intento de mejora se llevó a cabo, con la reforma agraria, implantada entre los años 1906 y 1910; reforma incompleta, que, aun así, consolidaba el mayor obstáculo con que habían de tropezar los bolcheviques: el pequeño propietario rural. Pero los tres millones de proletarios industriales, enfrentados con la inamovible injusticia capitalista, apoyada por una sociedad de castas, basada en los privilegios de la realeza; la aristocracia latifundista y el clero ortodoxo, empiezan a pensar que nada puede hacerse sin barrer hasta el último vestigio de esa estructura, asentada, como un bloque granítico, en el camino de la libertad. Todo parece hacer buena la tesis bolchevique y los obreros de Moscú y Petersburgo comienzan a creer que, efectivamente, sólo su fuerza puede crear un nuevo estado de cosas y su dictadura mantenerlo. La obsti-

nación del zarismo hizo aparecer a los partidos demócratas como falanges de vacuos doctrinarios, deslumbrados por imposibles empeños legalistas. El zarismo trabajó para Lenin; y cuando la guerra, tan buscada por el militarismo ruso, hizo posible su caída, la ocasión de un Estado al modo occidental se había ya perdido y el bolchevismo no tuvo sino que recoger maduros frutos.

El arma de la huelga, arma ilegal, proporcionó a los obreros algunas mejoras, sin que por ello dejaran de ser ametrallados. 270 murieron en 1912, en los yacimientos auríferos del Lena, por reclamar aumento de salarios y disminución en su jornada diez horas. En realidad, nada tuvo de extraño que un buen día, por truchimanes, el cansancio de la guerra y la larga labor del bolchevismo, los encargados de disparar se abrazasen en las calles de Petersburgo, con los obreros, en protesta. Allí acabó todo. Siguen la abdicación del zar y la formación de un gobierno provisional, cuyo poder coexiste con el de los Soviets, de obreros, soldados y campesinos, en los que los bolcheviques no tienen aún la mayoría. Ahora es cuando los mantenedores del régimen zarista se apresuran a buscar la pantalla de unos partidos demócratas, reducidos por ellos mismos a la impotencia e incapaces de aplicar sus soluciones en el cuadro de una economía deshecha por la guerra. Pero las masas están ya en la calle, y los agitadores del partido bolchevique, que en abril de ese año 17 cuentan con 80.000 miembros —que serán 200.000 en julio—, llegan hasta el último rincón del país ofreciendo a los desheredados el tomar por sí mismos mucho más de lo que puede darles cualquier gobierno. Aún así, es de notar el temor que hasta el último momento sintieron Lenin y Trotsky, por una victoria de las fuerzas democráticas. Incluso en el mismo Comité Central del Partido pareció dibujarse una tendencia de este tipo, que hubiese convertido al bolchevismo en la poderosa oposición permanente de un parlamento democrático. Las vacilaciones de algunos de sus miembros, en vísperas del golpe definitivo, no fueron ajenas a esta idea, tan peligrosa que llevó a Lenin a exigir la retirada bolchevique de la Conferencia Democrática, que para constituir un Preparlamento se reunió en septiembre. Fueron Lenin y Trotsky quienes, con energía indomable, llevaron adelante el designio insurreccional, al que se oponían, en el seno de los mismos Soviets, los mencheviques y socialistas revolucionarios, dispuestos a acatar las decisiones de una Asamblea Constituyente.

Tan fuerte era en Rusia el fermento democrático, al que la obstinación del autocratismo condujo a la derrota, haciendo al pueblo ruso pasar, sin interregno apreciable, de una a otra dictadura.

CESAR ARMANDO GOMEZ